N°6
DIC.2013



EN LOS NERVIOS

HABLAN POR LA ESPALDA

> HIJO AGRIO

> ASADO CRUDO

Entrevistas, ensayos, crónicas y otras narrativas.

En Los Nervios

Número Seis



Editorial En Los Nervios

¡CONSIGUE LOS NÚMEROS ANTERIORES!

enlosnervios.org

Disponibles en versión digital y en edición física. Descargalos en formato PDF, o encarga copias para recibirlas por correo postal.



«En Los Nervios. Número Seis»

Primera edición:
Publicada en Montevideo, en diciembre de 2013.

Impreso en Montevideo, Uruguay.

Artículos: Eduardo Delgaldo
Entrevistas: Eduardo Delgaldo
Ilustración de tapa y página de contacto: Pompa Borges

CONTACTO

www.enlosnervios.org
enlosnervios@gmail.com
Pte Oribe 1755 ap 303
Buceo. CP 11600
Montevideo, Uruguay.



A mi hermano.
A nosotros.

Intro.6

No puedo volver interesante lo que no llame tu atención, pero puedo hacer de una mentira inasequible una verdad memorable; así es cómo creemos en los hechos, así lo impreciso se vuelve cierto, y así es cómo no guardamos ni un sólo hecho que haya escapado al engaño de la memoria.

HIJO AGRIO

I

Todos quedamos con el mismo jodido recuerdo: que éramos más o menos doscientos, y que el evento más simple, convocarnos entorno a una música de nuestro goce, escaló alto hacia algo memorable, sin relegar la sencillez de una alegría que pocas veces pudimos compartir. Ese día en el Viejo Colón, fuimos moldeados por un sudor fácil de imaginar, dócil a la fantasía, tal cual los saltos y gritos que experimentamos algún día, no muy distintos a los provocados por una euforia espontánea. No obstante, aún así fácilmente evocable, no hubo un sólo movimiento, o sincronía de muchos, que de plano se pudiera creer que hallara hogar en la efervescencia de tanta gente, algo difícil de acreditar. No puedo explicar el vértigo sin las pausas, cómo sólo podíamos dar cuenta de tanta energía cuando paraban entre canción y canción, al momento de vernos a las caras y notarnos fatigados, drogados o ebrios, pero aún de pie, sonrientes. Encontramos satisfacción entre gente que no suele estar más que emparchada, de negro y al margen de lo que no se trate de agitación con codos y pogo, pero que por esa vez se sumó a bailar.

En ese ritual memorable, bautizamos a Hijo Agrio nuestros maestros de ceremonia.

II. Locura

A pocos días de entrevistar a Javier, el bajista, quedó poco más que improvisar una forma de contacto con Darvin, el cantante, el guitarrista. Estaba fuera de mi alcance acercarme a su casa en la Floresta, pero, lejos de reconocer eso como sesgo de oportunidades con las que me tuviera que conformar, resultó la excusa para que nuestra conversación comenzara con un emblema: un tono de espera. Tengo que imaginar cada palabra, desde que atendió hasta que nos despedimos, con filtro aparatoso de teléfono. El tono de espera, el sonido del micrófono saturándose en el primer instante casi un segundo, y el tono amable con el que preguntó quién llamaba. Pensé en una sonrisa, secreta a sus sabiendas, y la guardé para mi, pues, primero que nada, tenía que disponerme junto a él a solucionar el problema de audio. No conseguimos una comunicación al principio, pero luego, ya pude disparar nuestro diálogo.

—Le hice ya la entrevista a Javier. No sé si te contó.

—Me comentó algo, sí. Me dijo que fueron 40 minutos espléndidos y muy amenos.

—Sí... —aceptando la amabilidad de su comentario— Estuvimos hablando sobre cuándo habían empezado y de dónde se conocían. Como él ya me contestó esas cuestiones, a mi me gustaría hacerte otro tipo de preguntas, que son dudas que nos quedaron a Javier y a mi. Por ejemplo, hablábamos de que cuando le hice la entrevista a Guille de Asado Crudo; él decía, «El Locura esto. Locura lo otro». Y yo me preguntaba, «¿Quién es el Locura?», y él decía, «Darvin. Le dicen así desde hace mucho tiempo.» Entonces, Javier me decía, «Yo sabía que le decían Locura, pero no sé por qué, ni desde hace cuánto».

—Desde los cuatro o cinco años— me contesta inmediatamente.

—Pero, ¿por qué te dicen así?

Y tal cual comenzó a explicarme con un tono paciente, sereno, levemente afectado por un acento sanducero, habló a lo largo de toda la conversación.

Me dijo, como con cierta condescendencia buena con la torpeza de quienes lo apodaron: —La gente del barrio me decía así por mis reacciones y formas de actuar de niño. Yo creo que era porque andaba en bicicleta y era, aparentemente, bastante raro para el entorno; con el tiempo, incluso, me llegué a enterar de que algunos me tenían miedo, por mi forma de actuar rara.

—¿Qué sería actuar raro?

—No sé... No sé— y queda pensativo. —No jugar al fútbol, ponele; andar en bicicleta. Me gustaba andar en bicicleta. Con los de Asado Crudo, mis primos, salíamos a cazar brujas, a proteger el bosque, y ese tipo de cosas. Hay una película, que no me puedo acordar el nombre, que tal vez de chicos nos influyó mucho, en la que aparecía un tipo con una camiseta de los Ramones, medio ogro, con una lanza y cabeza tipo conhead; salían unos pendejos en la vuelta que se metían en una casa, y la casa era gigante; el chiquito tenía todos los inventos ahí. Era una especie de brigada de esa índole cuando éramos niños.

—Guille me contaba de la vez que se cayó de boca y se partió la pera y los dientes, y en vez de ir al médico, lo primero que hicieron fue ir a asustar a...

—¡A Seba! —y larga una carcajada—. Ensangrentamos toda la casa— me contó con una cuota de morbo que hallábamos ambos graciosa—. Ensangrentamos unos cuchillos y otras cosas. Voló sangre para todos lados. Hay un tema de Asado Crudo que se llama «Noche de anestesia», que relata todo ese periplo, por así decirlo. Y... se desmayó. Recuerdo que estábamos bailando, escuchando los Doors, fumando uno, y hacía un calor como el de hoy; se desmayó, cayó de rodillas e hizo ¡PAC! la cabeza contra el piso, y empezó a salir abundante sangre de la boca. Imaginate cómo quedé yo, mirándolo; de estar bailando, no sé qué no sé cuán-

to, y de repente estar en esa circunstancia. Lo desperté. «Boludo, te partiste al medio», y lo primero que hicimos, «Antes de que venga el Seba, vamos a ensangrentar todo». Ensangrentamos todo y nos fuimos a la mierda. Cuando llegó, piró.

Puedo imaginar, ayudándome de lo que también relató Guillermo, las paredes escritas con sangre, a Darvin empapando sus manos con la sangre que refregaba de la cara de su primo, quitándole primera importancia a la desgracia y cediéndosela por entero a un morbo lúdico. También, imagino su expresión, la única que he conocido, la misma que por veces expone con una sonrisa extensa y gozosa, con sinceridad jubilosa, pero levemente siniestra. Hallo esa expresión curiosa, apenas un rasgo entre otros muchos sobre los que quisiera preguntar.

—Le preguntaba a Javier en qué manera definía o aportaba a lo que era más característico de Hijo Agrio esa personalidad tuya por la que te dicen Locura, por decir de un modo, extravagante. Le preguntaba cómo esa personalidad tuya determinaba o encausaba lo más característico de Hijo Agrio.

—No sé... ¿Qué te dijo? Yo no sabría decirte.

—Él no supo responder bien, pero lo primero que se le vino a la cabeza fue la espontaneidad, por ejemplo, para estar tocando en vivo o en los ensayos y que tu reacción fuera la misma, frente al escenario o mismo cuando estuvieran ustedes tres nada más, practicando, improvisar letras en el momento, cuestiones así. Él lo veía por ese lado. Pero tal vez vos tenías otra visión sobre eso.

—Ahí capaz que comparto un poco con lo que dice Javier, pero yo creo que es la personalidad de los tres. En la música que sale dentro de lo que llamamos Hijo Agrio, sea la banda o la forma de tocar, están las tres personalidades muy presentes. Es lo que se busca, también. Si hay algo que aprendimos a buscar y compartir es el respeto por la opinión del otro; probar algo aunque no nos parezca. Cae el Pelado, caigo yo o cae Martín con alguna idea, y a pasado varias veces que a dos no les gusta lo que está diciendo el

otro, pero lo probamos igual, y resulta que era la propia. No sé cómo explicar eso, pero es algo muy bueno que se ha dado entre nosotros. Aunque no nos guste lo que está diciendo el otro lo probamos igual porque es idea del otro. Es confianza. Hay cosas que jamás las hubiese hecho así, y cae el Pelado e insiste un poco, o cae el Colo e insiste poco, y lo cuando lo tocamos resulta que cierra todo, se da el alma que alimenta alguna parte. Es la personalidad de los tres la característica de Hijo Agrio. No creo que la de alguno de nosotros tenga más peso, porque, por ejemplo, las melodías que hace Javier yo no las podría tocar, ni el Colo tampoco; los juegos del Colo en la batería, el clima, tampoco me los podría imaginar, pero el loco los hace naturalmente. Y lo mismo les pasará a ellos conmigo. Son como piezas en un engranaje. Tal vez si hay algo de lo que me tengo que hacer responsable es de atentar contra la estructura; pero de todas formas, los tres lo hacemos en diferentes medidas.

—Le preguntaba también por la forma que tenían de componer y la constancia que tienen para ensayar, y me contaba de una vez que ensayando sólo con el Colo le tocó de una a tres, casi cuatro, de la mañana. Entonces le preguntaba qué espacio o qué prioridad jugaba la música, en particular la banda, en lo cotidiano, en otras realidades como la de trabajo, de pareja, y en las que hay otras responsabilidades. Él incluso me decía que a veces llegaba a ser egoísta y dejaba de hacer otras cosas o de ver a otras personas por tocar con ustedes, o ensayar, para nunca fallar. En tu caso, ¿cómo responderías a esa pregunta?

—¿Qué prioridad tiene Hijo Agrio en mi vida, por así decirlo?

—Sí. Cómo encaja en el resto que compone tus días.

—Hoy por hoy tiene mucha prioridad. Es una de las cosas que más me gusta hacer. No tengo mucho más que decir al respecto.— se ríe y concluye queriendo ser terminante, pero enseguida añade: —Muevo las cosas, muevo mis tiempos, articulo mi

vida en función de eso.

—Otra cosa que me decía que ponías al alcance de la banda era la composición de letras tuyas. Y preguntándole un poco acerca de cómo componían las letras me decía que algunas eran poemas tuyos, y que tenés un libro de poemas, ¿puede ser?

—Sí. Inmundiahaciada. Son tres libros en verdad. Pero en verdad de ahí hay un tema sólo, hay un sólo poema que tiene música, que se llama «*Precipicio Mecético de los Cerebros Remangados*».

—¿Qué tanto le dedicás a escribir poemas?

—Hoy por hoy absolutamente nada. Más que nada estoy pasando. Estoy muy alejado del hábito de escribir. Pero en su momento escribí dos novelas, un libro de poemas, algunos cuentos y cosas así.

—¿Con quién publicaste esas obras?

—La novela la está digitalizando un amigo, porque la había escrito a máquina. Nada está publicado en serio, y lo que está publicado son ediciones artesanales. La Inmundiahaciada surgió porque hacía falta para grabar el disco, que va a salir en algún momento, y hacía falta mi parte. Hicimos algunas copias con cajas de vino como tapas, vendimos un par y completamos la plata.

Al cabo de una breve pausa, siguió: —La novela surge por una necesidad circunstancial de escribir, aunque ahora que la están digitalizando tengo ganas de publicarla. Pero sólo porque está siendo digitalizada, no es que me mueva mucho publicarla; tampoco sé cómo se hace eso, nunca averigüé, nunca pregunté; no sé cómo se edita, de esas cosas no sé; no estoy en el ambiente tampoco.

—La última pregunta que tenía para hacerte es la misma que le hice a Javier, y tiene que ver con... En realidad tengo dos preguntas. Una es acerca de las bandas con las bandas con las que se relacionan. Me pareció que la primera vez que tocamos, División Burzaco, con ustedes en El Cañaveral, que por la reacción del Colo dos mundos, que hasta ese momento no se conocían, se en-

contraban por primera vez, y fue muy rico para ambas partes. Me acuerdo que el Colo decía, «Qué buena está tu banda», a lo que yo le contestaba, «Qué buena está la tuya», y el decía, «Qué buenas están las demás bandas y la onda». ¿Lo vieron como algo muy notorio el hecho de acercarse con otro tipo de bandas hardcore con las que no solían vincularse?

—Eso fue algo extraño. Nosotros venimos de Paysandú, y siempre tuvimos bandas o estuvimos tocando de alguna forma. Yo tengo bandas desde los 13 o 14 años. La banda que teníamos con mis primos, Metamorfosis, era punk destroy. Escuchábamos Ánimo en Guichón con ellos, así que ahora tocan con Loli, de Avitación, que tocaba en Ánimo, es algo muy especial. Tocar con gente, que a pesar de ser de generaciones o movidas diferentes, lo siento muy mío. Con decirte un ejemplo: los otros días estaba viendo con mi hermana un recital de El Otro Yo, y pensaba, «pah, de pendejo me hubiese encantado tocar en un lugar así», pero después de tocar en el Viejo Colón... qué me importa a mi. Eso, tocar ahí, fue el sueño de mi vida, que la gente se ponga como se pone en ese lugar, el ambiente que genera, esa cosa tan amena que sucede... me encanta.

—La vez que tocamos en el Festival de la Música Libre, que estuvo lindo, que estuvo bueno, sin embargo, nos bajamos y nos sentimos vacíos, porque era un toque más bien para mostrar. Los otros toques fueron más de compartir, más allá de la música el momento, no sólo mostrar lo que tocamos.

III. Metamorfosis

Los hermanos Elisondo, junto a Darvin, reunieron cinco años de una banda que poco puede oírse nombrar en Montevideo.

Llama la atención el mérito de haberse mantenido acompasados con la dinámica de otras bandas de la capital, y haber dado guiños a músicas siempre destacables. Entre las disputas entre metal y punk, entrevieron covers de Chicos Eléctricos, Sonic Youth, Cross y Fun People. Sobre todo, llama la atención la primera, pues pocas veces la combinación de Rock and Roll y Punk que consagró aquélla banda legendaria es tomada en cuenta por quiénes se adentran en sonidos más duros, así sea hardcore punk o heavy metal. Tal vez, la incógnita se resuelve al escuchar cómo por veces manoseaban el noise, con una picardía menos talentosa que la de los Chicos Eléctricos pero igual de curiosa y enérgica.

IV. Javier

La primera oportunidad de ahondar en Hijo Agrio ocurrió en La Papa, adónde sucedió el encuentro con Javier, el Pelado, un tipo con una barba que con su espesor y presencia se hace así misma un emblema de su persona, sin precederle, acompañando su serenidad y sonrisa leve que sostiene parecería que siempre. Habla con tono de voz firme pero volumen moderado, parsimonioso pero tan mundano como el placer por tomar cerveza fría en cada momento de distensión. Se ordena una de marca rusa, con el doble de grado de alcohol que cualquier otra común; sube al lugar más resguardado del ruido de la calle y se sienta en el suelo, cruzado de piernas, al aguardo de mis preguntas, apoyado contra la pared sin dejar decaer la postura, erguido sin rigidez, apenas encorvado y relajado.

Supe por esa charla que la banda no sólo nos abordaría en los escenarios sino también, pronto, en un álbum, pensado en salir con esfuerzo en conjunto con el sello El Octavo, relacionado al colectivo Esquizodelia.

Comencé proponiéndole:

—Mi idea es empezar a recolectar de manera cronológica y para eso tal vez sea mejor hacer un ejercicio de memoria, en secuencia lo más remoto a lo más reciente acerca de Hijo Agrio. De los primeros momentos, ¿cuál sería el primer recuerdo que te viene a la mente?

—Me acuerdo cuando estaba en casa tocando el bajo, buscando alguien con quién tocar y me cae un mensaje del Locura para juntarnos a hacer algo. En ese momento tenía un perro apensionado en mi casa, que era sólo sacarlo a que mee; me junté con el Colo, que ya lo conocía de Paysandú, y ahí empezó todo.

—¿En dónde vivías en Paysandú? ¿Fue mismo en allá que se pusieron en contacto?

—No, no. Fue acá. Nos sacábamos de allá pero siempre algo

hacíamos.

—¿Desde hace cuánto se conocen?

—No sé. Diez años tal vez. O más, diecisiete o dieciocho años.

—Después de ponerse en contacto, ¿qué siguió?

—Nos empezamos a juntar en casa, armar cosas e ir a sala de ensayo. Ahí empezó a cobrar forma, por el 2009.

—¿Y qué formación tenían en ese entonces?

—Éramos tres, después se sumó Pablo, amigo del Colo, que le metió viola; y después se terminó yendo solo. Siempre decimos, aunque suena feo, que fue lo mejor que nos pasó, porque los tres tenemos cierta química, y con Pablo era otra cosa, desde los gustos musicales hasta la forma de tocar, entonces nos amoldábamos a él.

—¿De ahí cómo siguió?

—De ahí en un momento llegamos a ser cinco. Se sumó Sergio, que se había hecho un sintetizador casero; y después volvimos a quedar tres. Como dice Locura, «suplantamos gente por pedales».

—¿Cuánto tiempo les llevó llegar a la manera en que están tocando ahora, al estilo?

—Fue casi inmediato, cuando Pablo se fue.

—¿Cuándo fue?

—No me acuerdo... El Colo es bueno con las fechas.

—Pero, digamos, al año... a los pocos meses...

—Capaz que habrá estado un año y poco, máximo.

A penas termina de aclarar, me surge preguntarle por lo más significativo que recuerdo en su etapa más reciente: el toque en la bodega okupada Viejo Colón, en la periferia de Montevideo.

—¿Recordás cuántas personas habían en el lugar?

—Recuerdo una foto que sacó mi novia en la que había bastante gente.

—Mucha gente tiene recuerdo, tal vez no porque haya con-

tado bien sino por la imagen de impresión con la que se fue, de que habían doscientas personas. No sé si habían doscientas, pero doscientos es un número que abruma. Y tengo recuerdo de haber visto una cantidad así de personas... felices. Nunca había visto tanta gente feliz en un mismo lugar.

—Yo también pensaba en eso. Hablaba con Darvin si eso no había sido impresión del primer toque, pero que después de que tocás varias veces no mantiene la misma magia, o fue ese día en particular. No sé cuál de los dos habrá sido, pero fue raro, para bien. Era un clima muy para arriba. Desde que empezó Fer Henry hasta que se terminó. Nadie se quería ir.

Ese día en el Viejo Colón, a mediados de junio de 2013, la bodega explotó. La gente volaba: un amigo comenzó el juego saltando desde esas especie de entrepisos que se forman con los corredores y que dan al frente del escenario; la gente lo sostuvo encima de los brazos, le festejó la picardía y lo volvió a hacer; subió más alto, a la cocina, y se arrojó extendiendo el cuerpo haciendo de la caída un breve vuelo. Una chica escaló al mismo lugar, tres metros alto, temerosa y adrenalínica, antes de saltar al medio del público que la alentaba a despegar los pies del borde. Vi llamas, un tipo lanzando fuego con un esprai que prendía con un encendedor. Vi gente sudada, manoseándose con descaro en lapsos de oscuridad y dejando la mirada en el otro al volver la claridad, alzada, desbordada de excitación que comenzaba por ser musical y no sabía hacia adónde encausar, ya más que música convertida en ritual. Darvin festejaba los aplausos levantando los brazos y sacudiendo los puños, sonriente a más no poder con su manera de sonreír escondiendo la cabeza entre los hombros. Entonces pensé que era el guitarrista más alegre de la vuelta. Martín, un tipo que empequeñece la batería, emanaba una alegría tan enérgica como la del público que se avanzaba sobre la banda, olvidando el sentido de espacio. El Locura gritaba por el micrófono cuando acababa su última canción, y nosotros hicimos lo úni-

co bueno que hicimos en nuestras vidas: festejamos habernos hermanado con una música y una banda ajenas a nuestra familia hardcore, es decir, celebramos la ruptura de nuestra hegemonía. Ese día, Hijo Agrio amalgamó el aire de apertura.

No sucedió otro evento de esa talla, ni hubo otro antes.

—Al principio era tocar en Decibelios —sigue contando Javier—, o lugares así, y vender entradas, que era horrible. Es horrible venderle entradas a tus propios amigos, que van a hacerte el aguante, en vez de poder invitarlos.

—¿Se sienten más cómodos ahora?

— Sí, sí. Más allá de que siempre pagás algo, como un flete o algo así, pero es distinto. Es otra movida. Dimos con gente como ustedes, o los chicos de Beatriz Carnicero, o Avitacion 101, todos en la misma.

—El último que recuerdo de ustedes fue en la Semana de la Música Libre, en Soriano y Ciudadela. Lo que me llamó mucho la atención de ese día fue una parte que canta Darvin, que dice, «Hay que alimentarse. Hay que ser fuertes»

—Ah, sí. «El mundo es una mierda».

—Lo canta de una manera realmente sincera.

—Es que esas partes de él son improvisadas siempre. Él en realidad grita y dice otras cosas, por ejemplo, «Guerreros, vengan a luchar», nombra el tema, Lobo del asfalto. Siempre tiene eso lindo de que improvisa.

—¿Cuántos años tenés?

—29.

—¿Tenés algún otro proyecto?

—No... No... No sé si rendiría. O capaz es la comodidad de estar con dos personas con las que te entendés, que más allá de la banda son amigos.

—Tal vez sea que te suceda como me sucede a mi, que me es difícil tener otra banda que no sea División Burzaco; tengo una forma muy particular de entenderme, o de no entenderme, con

los otros chicos, que no sé si podría lograr con otra gente. De todos modos, tendría que probar.

—A mi pasa también. He probado con otra gente, pero no logré constancia. Tal vez sea miedo a decir, «podré hacer lo mismo con otra gente, tocar, sentirme a gusto; tocar y sentir la música que hiciste».

—¿Qué tan cerca está de lo cotidiano (trabajar, la vida de familia, etc.) de esa realidad que rodea a la música, lo que sucede en la banda?

—Para mi es un cable a tierra. Está dentro de mis prioridades diarias. Mi pareja, mi banda, mi familia. Inclusive, a veces se apodera de todo, la música y la banda. He tenido actitudes, momentos, muy egoístas, por ir a ensayar o a tocar, dejando de hacer cosas que luego te das cuenta de que no valía la pena dejar.

—Cuando hablé con Guille, de Asado Crudo, me nombraba a Darvin refiriéndose a él como el Locura. Yo no sabía que le decían así. Al parecer le dicen así de toda la vida.

—Le dicen. Pero no sé por qué es.

—Es algo que le queda bien, yo creo. No lo conozco mucho, sin embargo, tiene algunos rasgos que si no sabés que le dicen Locura por lo menos se te ocurriría. Hay una foto de él en específico, en la que está de perfil, sonriendo. Tiene una sonrisa muy particular, un poco enajenada. Me llamó la atención porque al mismo tiempo lo veo como una persona muy tranquila. Me gustaría saber en qué encaja esa locura, si es que se raya y se le da por subir a un árbol, o qué.

—No sé... no sé si se le de por hacer algo así, pero tiene una locura linda, porque en los ensayos no es que te hace un *acting* de un toque; así como está arrodillado, bailando o gritando desacatado, en el ensayo es así. Te transmite eso: «estamos acá, vamos a romper todo». Pero al mismo tiempo tiene eso que decís: se desenchufa y es tranquilo, así, amable. No es un personaje, es así simplemente.

—Una última pregunta que te quería hacer tiene que ver con otro aspecto característico de Hijo Agrio, que son los dibujos en vivo. ¿En qué momento incorporaron eso?

—Esa creo que fue una de las cosas más lindas que se dieron.

—¿Cómo se llama él?

—Matías. Es compañero de mi novia en la Facultad de Bellas Artes. Él y la pareja son dibujantes. No recuerdo bien cómo fue el primer momento que se dio, si fue en El Solitario Juan o dónde.

—¿Él se acercó o ustedes le pidieron?

—Nosotros le pedimos. Ah, ahora ya me acordé, fue en el Ciclo Fin del Mundo.

—¿En dónde fue eso?

—Por Fernandez Crespo, creo. Tocamos con Superjuguetes y otras bandas. Ahí se prestaba para hacer unas proyecciones, entonces mi novia proyectó unas imágenes y videos que había hecho; y Matías unos dibujos, pero no unos hechos en el momento, los había llevado preparados desde la casa. Ese día, están los videos de eso, ellos se miraban como diciendo: «no podemos tener tanta suerte», porque terminaba un tema y enganchaba el otro al mismo tiempo que terminaba y empezaba otro video. Ahí fue que nació todo, fue cuando le preguntamos si le interesaba proyectar sus dibujos.

Cada trazo existe brevemente en el lienzo, sólo hasta que sirve al propósito de crear y desfigurar un diseño que se destruye, pero no del todo; se transforma, se mantiene vivo, un organismo ensimismado en el ruido.

Supe por un par de anécdotas, que sólo podía dibujar improvisando si sentía la música envolviéndolo, si lograba verse inmerso en lo que fluía con la banda. Lejos del escenario, o

apartado por una puesta de equipos que limpie el sonido de una suciedad que le es propia, no logra nada que le conforme. Puedo adivinar esa única condición para dejarse llevar porque no puedo yo tampoco concebir una distancia con el sonido y las bandas. Aprendí, como así diría: aprendimos, a ser débiles ante la distancia y fortalecernos con la cercanía, exigiendo calor y contacto, inmediatez, sin escenarios.

ASADO CRUDO

Hay un espacio en Montevideo, una casa con porte venido a menos y una fachada complicada, que podría decirse es una casa anarca. Ahí, en El Núcleo, nos citamos los tres, los hermanos Elisondo, Guillermo y Sebastián, y yo. Pueden imaginarse una subida por escalera sin iluminación y llegada a habitaciones de techos altos, como de construcción antigua, espaciosas, despojadas de mobiliarios. Parece disfuncional, pero, desde hace algún tiempo, es sumamente activa. Varias bandas encontraron espacio en diferentes ocasiones.

Subiendo a la cocina y atravesándola por una escalera, encima vamos a la azotea, para zafar de un calor que congestiona y distrae, buscando un lugar acorde adónde hablar.

—¿Cuándo empezaron a tocar como Asado Crudo?

E intercalándose, comenzando por Guillermo, responden ambos.

—La formación de Asado Crudo en sí tiene siete meses.

—Sí. Este año.

—Pero ya venimos tocando bajo esta formación de bajo y batería desde un proyecto hace tiempo, no recuerdo hace cuántos años, estando en Guichón los dos, al pedo, que se llamaba Chimi y Churri. Que algunos de esos temas los hacemos ahora.

—Claro. Hacemos temas de esa y de otra banda.

Luego, de una manera poco convincencida, Sebastián me trata de ilustrar:

—Metamorfosis hubo una vuelta en la que éramos siete: cuatro violas, batería, bajo... Falta uno... Éramos seis entonces.

—¿Cuánto tiempo estuvo activo?

—¿Metamorfosis?

—Sí.

—Estuvo como cuatro años— dice Seba.

Y completa su hermano: —La moto arrancó fuerte cuando estábamos en Paysandú, ahí arrancó la movida.

—¿Mismo en Paysandú empezaron a armar bandas?— les pregunto.

—Sí. En Guichón— contesta enseguida Seba. —Hubo una época en que había una movida interesante. Conocimos una banda llamada Alto Voltaje, a la que fuimos a ver una vez en Paysandú y nos dijo que si queríamos tocar era ahora el momento.

Guille tiene una manera inmediata de completar lo que su hermano declara, con una fluidez, claramente, fraternal. Asimismo Seba, que por veces recuerda con mayor claridad, le sigue su dinámica.

—Pero la banda en sí se armó en Guichón— aclara Guille. —La movida de Rock and Roll, y el ambiente, eran más en Paysandú.

—¿En qué año más o menos empezó?— les pregunto.

—Empezó por el 2006— contesta Seba, buscando la mirada de su hermano y alguna veta de aprobación.

—¿Qué puede haber sido que provocara que empezara una movida allá?— agrego a la cuestión. Y recibo de Guille:

—En realidad siempre estuvo. Siempre tuvo una movida under. Siempre hubo un gran conflicto entre lo que era metal y lo que no era punk. Lo separaban mucho así.

—¿Qué bandas podés nombrar aparte de Alto Voltaje?

—Estaban los amigo de él. ¿Cómo era?

—Materia Prima, que hacía metal— recuerda Guille.

—Estaba Tolerancia Cero, que eran de Mercedes...

—... Pero que siempre iban a tocar allá. Estaba Bacteria de Argentina.

—De San José, Argentina. Estaba...

—¡Dos punto cero!— hace memoria Guillermo, con gesto de aplauso de dorso de mano con palma.

—Y... ¿cómo se llamaba la banda aquélla?— pregunta riéndose Seba.

Ambos tienen una risa particular, estridente, contagiosa, digna de reidores profesionales. Llama la atención a cualquiera, exponiéndolos a ser, a primer esfuerzo, recordado por ese gesto gracioso.

—Occalich, que tocaba el Colo ahí. Esa era de new metal, hacían covers de Deftones

—HIV...— dice Seba.

—¿Fueron bandas que grabaron, que dejaron algún tipo de registro?

Y por primera vez, Seba elije una postura seria y dice con firmeza:

—Mirá, ¿sabés qué habíamos hecho? En Guichón, un toque de dos días; habían ido algo así como doce bandas.

—Seis bandas por día. Se llamaba «De vuelta al campo y al descontrol»

—¿O era a «a la destrucción»?

—No. No. «Al descontrol». Y la pelota era esa: vendíamos ravioles para conseguir plata para el sonido; vino, asado...

—Los atendimos bien a los gurises.

—¿Y los shows cómo eran?

—Eran en un cine teatro— sigue diciendo Sebastián.

—¿Alquilado?

—No, no. Era todo conseguido por medio de la Intendencia. Era época de elección y aprovechamos y le exprimimos todo el jugo. Nos dieron un cordero, damajuanas de diez, cabañas en las termas, cantidad de cosas.

—Y la movida por esa época, 2005 o 2006, tenía contacto con lo que estaba pasando en Montevideo, que en esos años em-

pezó a moverse mucho, y de hecho aparecieron muchísimas bandas; empezó a consumirse muchísima música, cosas como death-punk, Turbonegro y cuestiones de ese estilo.

—Allá nos llegaba material de acá.

—¿Motosierra, por ejemplo?

—Motosierra lo teníamos en cinta. Ánimo, también.

—¿En cinta tenían a Motosierra?

—Era alguien que lo había grabado. Se movía mucho cassette en esa época.

—Hubo una movida antes en la que llegó una mina de Mar del Plata, o no sé dónde, que trajo una caja de cassettes y nosotros piramos. Allá no llegaba mucho material. Muy poca gente se movía. Gente de la vanguardia no había casi nadie.

—Guille: Para conseguir algo era directo con alguien.

—¿Y creés que esa movida se haya nutrido más del contacto con Argentina que con Montevideo u otras partes del país?

—Seba: No sé.

—Guille: No creo.

—En Tacuarembó pasa mucho que reciben más influencia brasilera que uruguaya. Mismo te lo pueden decir los chicos de Sonido Caganera, que son de allá.

—Seba: Claro, como en Rivera y esos lados, por ejemplo, Los Calzones de la Abuela, una banda de punk. Nosotros tocamos un par de veces con ellos, allá en Guichón.

—Influencia en sí recibimos de todos lados.

—El otro día me venía cagando de la risa. Le digo a una amiga, «Mirá, me compré un bajo tal, y un equipo tal», y me dice, «Pero dejá de estar gastando plata al pedo, comprate eso cuando tengas una banda de verdad».

—¿Están grabando algo?

—Guille: Estamos. Tenemos ese proyecto, sí. Algunos temas nuevos y otros que ya teníamos, para dejar el mejor registro posible y que no se pierdan.

—¿Qué nombre le piensan para el disco?

—Íbamos a ponerle el mismo nombre de la banda.

—Seba: Asado Crudo. Más crudo que nunca.

—Guille: Yo había pensado en un nombre. Várice y huevo.

—Várice y huevo. Jaja. Esto es lo que sangra, esto es lo que lleva.

—¿Y el nombre de la banda a qué viene? Chimi y Churri, Asado Crudo...

—Chorizo al pan. Jaja.

—Chorizo al pan fue un proyecto...

—Que no fue nada. Y Asado Crudo es porque...

—No nos quemamos mucho la cabeza.

—Por poner algo guarro nada más, el nombre más estúpido

—No hay ninguna.

—No es estúpido...

Ambos ríen sin ninguna dificultad de una preocupación fingida por su nombre, y me siento invitado a tomar con igual despreocupación por el absurdo, sólo al aguardo de qué tocarán bajo ése.

HABLAN POR LA ESPALDA

I

Para cuando decidí empezar a escribir sobre Hablan Por La Espalda, había evocado ya repetidas veces el mismo recuerdo, una emoción remota y fácil de igualar a una lección aprendida. Un malestar maestro hablándole a mi ánimo que se tornase parco, cruzado de brazos y erguido; un pie sobre la vereda, a la espera de que empezara alguna música, ansioso, a las puertas de un bar que suma fachadas de muchos lugares a los que me había vuelto asiduo, es decir, ninguno en particular, sin nombre y bastardo; recuerdo una pobre iluminación, una calle oscura, acompañando el tenor de mi inquisición más desleal.

—No entiendo. La verdad que no comprendo— le decía a alguien. —Los bares cierran, la cerveza es a cada día más cara, cada vez más policías; vamos rumbo a algo peor que la miseria y es estar conformes con ella. ¿No ves el problema? Las cosas empeoran sin pausa y no tienen mejor idea que ponerse con tambores y macumbas— seguía diciéndole a una persona alojada en la periferia de mi memoria, pensando con sensibilidad rota, inmerso en la República 451012: esa música de la que siempre recibí una sensación de error, algo rompiéndose, tal vez una máquina o una parvada de gentes siervas, o lo que fuese, algo fallando y echando chispas que merecía dejar de existir; esa canción me parecía escrita para ser un arma con la que dar el tiro de gracia a los carices moribundos de la vida. Ensimismado en esa música, hubiese hamacado mi torso adelante y atrás, repitiendo movimientos,

aguardando a que súbitamente y por impulso me urgiera correr. No conseguía una sensibilidad diferente de la que podía proveerme esa canción, ni pensar con una agresividad menor a la de sus cortes y acordes, suscrito a sus silencios de pausa.

Poca cosa es más violenta en la música, y en la vida ensayada, que un breve silencio a mitad de un mensaje que busca ser la última palabra, porque, mientras no se oye nada hay momento para que la mirada se pose al acecho de ojos ajenos, capaz de dar pauta de una cacería inevitable y seria. Podría haber mirado fijamente a los ojos de cualquier persona frente a ese bar con esa canción de fondo y haberme declarado cansado de dar demasiadas explicaciones a un mundo que no da respuestas. El fin de toda negociación a la que era reacio en la vida podría haber venido con ese tema de cortina. Pensaba y sentía, entonces, en un silencio como tal. Como en un túnel profundo, cavado hacia mis fueros, me era casi imposible escapar de ese estado y no enojarme con el nuevo vuelco que ellos, los autores de esa "República", habían empezado a dar. Su Macumba, candombe y sus ritmos que llamaban a bailar... no conseguía asimilarlos.

Mucho tiempo luego, cuando me dispuse a escribir, evoqué aquello y me sentí distante, hallé una figura con la que ya no me lograba identificar. Le encontré motivo: no había llegado por afinidad al recuerdo de un rechazo, sino por rechazo al recuerdo de mi aversión, pues por esa figura e ideas mías con las que ya no cargaba, me estanqué tiempo en el proyecto de escribir sobre Hablan Por La Espalda. Por esa reticencia, luego me reconocí incapaz de argumentar eventuales entrevistas.

A poco de decidirme a investigar sobre la banda, estaba ya bloqueado, frenado por algo que tuvo tanto que ver con esa emoción remota, preta y celosa, como con mi incapacidad para evitar hacerles preguntas que tuviesen que ver con una melancolía idiota por lo que musicalmente habían sido y ya no eran. Estaba a merced del mal que sufren todos los que en su mente son rengos

ofendidos por la invitación de quienes aprendieron a hacer paros de manos a caminar de manera diferente.

Tuvo que pasar algún tiempo desde aquel recuerdo, que podría ubicar imprecisamente en el 2008, para que dejara de hallar sus cambios sinónimos de trastornos, dejar de esperar que cargaran con mi expectativa e ilusión de una ciudad cada vez más intensa y ruidosa. Tuvo que sucederme ser puesto por la suerte en un carril diferente al que esperaba transitar por siempre antes de lograr entender cómo acercarme a ellos, antes de alcanzar hablar un mismo lenguaje de transformación. Tuvo que encarnarse la suerte en una serpiente para devorarme como una muerte a la que estaba deparado a sufrir en vida, y así, una reencarnación que alcanzaría lúcido y vivo, de pie y rumbo a recoger las bondades de los caminos medios. No entendería nunca a la banda hasta no transitar por una negociación con mi entorno. Lo supe luego, cuando varias cosas se hilaron a ritmo de su historia, cuando reconocí que debieron aparecer una mujer, luego otra, y luego otra, aún con diferentes nombres cinchando la misma encarnación para aprender de equilibrio.

No puedo evitar confundir las líneas de ideas, entremezclar qué tuvo que ver con el trabajo de entrevistar a Hablan Por La Espalda con lo que tuvo que ver con mi devenir. Con certeza, porque a la par de que progresaba en su historia, la mía se tejía en sincronía. Aquel rechazo odioso que recordaba se asemejaba a lo que recuerdo de mi, irascible y constantemente golpeando el pie contra el piso, rápida y repetidamente con exaspero, siempre que debía esperar por algo, o por alguien. Esperé aquel día una música que no fue la esperada, de una banda que ya había cambiado puertas adentro, sin que pudiese notarlo, de igual modo que esperé a la primera mujer que me educó en incomunicación.

Pocas esperas son peores que aquéllas a las que se está sin paciencia. En las vísperas de nuestros últimos desengaños, citados en un bar de gentes pretas, pocas veces antes le guardé tanta

aversión a que demorara largos minutos, prometiéndome raudo rato, y efervescí tanto en silencio guardando para mis fueros el bullicio de mil improperios. Había pasado un cuarto de hora esperándola con la mirada echada sobre su silla vacía, ensayando, como si estuviese ella allí sentada, quejas que craneaba con rabia lúdica, malhumorado, olfateando el nuevo olor de la circunstancia: el del café frío y desabrido; volviéndome enemigo de la nueva postal: el café a medio beber y las tazas, suya y mía, traduciéndome sus fondos ya enfriados a sensaciones insípidas. Podía sentir un profundo desprecio consumándose muy dentro mío, creciendo desde las raíces de las muelas, y alistando navíos irascibles que por todas las venas me contaminaran. Eventualmente, llegó del baño falsamente apurada, y quise recriminarle algo, no sé qué, con ironía, pero caí en el mismo problema que otras veces: no lograba recordar su nombre, como si nunca lo hubiese sabido, o como si en el momento remoto en que me lo había dicho hubiese sido de cero importancia, aún así su existencia brilló siempre para mí; me demandaba recorrer muchos otros nombres antes del suyo para dar con el acertado, estaba junto al de otras, aunque en las peores de mis pesadillas me gustaba llamarla Jezabel.

—Me voy —me dije en voz alta, solo— Me cansé de esperar. Ni un poco de respeto le queda, ni ahora que las cosas están para liquidarse y da para hablar dispuestos. Dos horas esperándola. —Dije eso y dejé el dinero de los cafés sobre la mesa—

Se acercó disimulando que apuraba los pasos manteniendo la compostura de su andar, sin entregarme la mirada en el camino, evitándola por instantes e intercalando ambas actitudes con intermitencia ansiosa por precipitar su enojo. Ya tenía visto el dinero sobre la mesa.

—Sos un perro —con rabia, una rabia que ya conocía en ella, me lo dijo confrontándome la mirada que evitó echarme mientras regresaba, entredientes, en el momento justo en que se sentaba a la mesa. Miró rápidamente hacia un lado, como cuidán-

dose de no ser escuchada por las personas alrededor y hablarme más cerca en un tono bajo pero que guardaba un grito; echó el rostro hacia adelante, sé que para intimidarme, y me volvió a decir:— Sos un perro. —y comenzó a tomar la cartera del respaldar— ¿Ni unos minutos podés esperar para hablar que ya te estás yendo?

—¡Dos horas! —le dije también acercando mi rostro, apretando los dientes y con los ojos encendidos.

—¿Dos horas? ¡Quince minutos! ¡No jodas! ¿No te interesa hablar ya, entonces? —preguntó desafiante—

—Tuvimos suficiente. —le digo, ya reincorporado y aflojando la quijada— Una hora, ¿no? Una hora hablando sin misión, sólo desgaste. No estamos acá; algo, una cosa que ni gusta de tomar café, ocupa nuestro lugar, pero no nosotros.

Sacó dinero de la cartera y dejó algunos billetes sobre la mesa, al tiempo que simulaba escudriñarme.

—Y tenés razón, soy un perro —dije— ¿Sabés cómo sienten ellos? Piensan en dos tiempos: el presente y el eterno; y yo creí que iba a tener que esperarte para siempre en esta jodida silla. Pero tengo que irme —le aseguré, tomando mi libreta y lapicera— No quiero llegar tarde a la entrevista.

—Qué bien. Por una entrevista de mierda. No me volvés a ver, te aseguro —me sostuvo con un tono que parecía una fachada de dignidad a poco de caer.

—Te aseguro, volver a vernos va ser nuestra penitencia. Ya lo sabemos, los silencios mienten más en la mirada que en la falta de palabras, y cuánta necesidad de castigarnos por mentirosos tenemos a veces.

Cada uno se fue, en cuanto a mi, colmado de frustración por no haber logrado ni una sóla cosa digna en tanto tiempo de charla y discusión.

Camino a la entrevista, abrí mi libreta para repasar las consignas. Casualmente en la hoja en la que había anotado como tí-

tulo «El pequeño detalle que lo cambió todo», leí el recordatorio de preguntar sobre esa canción. Inevitablemente, la comencé a recordar y oír nítidamente, a impulso de imaginación. El sonido de sintetizador al comienzo, parecido a un pulso magnético que se acerca y aleja, se lleva y devuelve un ambiente. Resulta ideal para ambientar y volver acorde la primera palabra con énfasis: «*Cámaras*». Qué frío panorama imagino a cada vez, porque no puedo dejar de asociar con vigilancia, control y el desprecio por tales cosas cuando pienso en cámaras rodeando todo el maldito lugar. Y pienso en el ánimo del adejtivo «maldito», que bien se ajusta a lo que creo del momento. Mucho en esa canción se inserta en la circunstancia y se torna poco a poco familiar, incluso, comienzo a ver la actitud de Ella similar a ese pulso que va y viene, tal cual lo ha hecho en nuestros días juntos, yendo y viniendo, trayendo y creando, llevándose y destruyendo, rodeando mi maldito lugar. La canción se torna bella entanto entiendo la sutileza de abrir con lo que en esencia es un sonido constante, perseverante, que se atenúa, como distanciándose afín de no invadir el tenor del ambiente. Probé imaginarmelo sin atenuaciones, sin intermitencia, y escuché casi un zumbido apto representante de una paranoia, una actitud de disimulo y palabras graves; la cara apagada —con la misma cara de imbécil que me recuerda al silencio en una hora de charla sin causa—, sin dudas estaría con los ojos cerrados, sé que trasvistiéndose con un disfraz de mirada atenta, mintiendo la gran mentira: que sólo la cara traviste. «¿Cuántas caras más habrá en las otras letras? ¿En dónde más se hallará Ella?»

Me percaté, entonces, de que en las letras de Hablan Por La Espalda hay a menudo una figura femenina; de que leyendo aquellas más representativas de etapas claves es fácil notar cómo cambia tanto como lo hace el lenguaje. Lo que es más, con la transformación hacia una tesitura más receptiva, poco quedó del hermetismo de las letras en el «Le Petit», o el «Fistfull of Rock», o

el «Hablan», a los pies del «Macumba». Ahí es tan clara la mujer que es sencillo sentir premoniciones sobre ella, adivinar cuándo se irá o cuándo se quedará, y prever cuándo será cierto no saber. Un desamor tan sencillo y explícito que vira maldito.

Anoté todo esto en un momento que tomé para hacer una pausa. Solía anotar todo lo que planificaba sobre el texto, con la costumbre de saciar mi necesidad ansiosa de fantasear sobre mis proyectos antes de materializarlos. Un tiempo antes, en una ocasión tras anotar mucho, me percaté de que luego de llevar al papel, no sucedían; creo que porque al igual que cuando se consuma un amor con una amante, de esas a las que les llega el mote para que un sentido de pecado las desmerezca, y pierden sentido los secretos y las huidas, por haberse consumado la fantasía, no tenía sentido para la suerte seguir poniendo en mi camino mis propias aspiraciones. Entonces dejé de anotar. Quería, por sobre todo, salvar las buenas perspectivas de la entrevista.

II. La primera entrevista

Nunca he escrito sobre una banda de manera precisa. Omito nombres; no aclaro fechas; desfiguro momentos, bien pudiendo dar certezas. Me gusta faltar adrede a la precisión histórica, porque creer que la exactitud es forma de reflejar hechos puros me obliga a escribir de manera tiesa, partiendo de una concepción errada: que hubo historia; pero para mi, hubo lo opuesto: fantasía, hubo memoria, y de ahí, cada día más a la par del deterioro, imprecisión. Pero voy a probar ser exacto esta vez y decir que hablé sólo con Fermín.

Había llegado temprano para la entrevista, la cual acordamos sería en la casa en donde ensayan, por completo a propósito, claro, para escucharlos. Llegué para interrumpir. Habían comenzado hacía rato probando un nuevo tema, concentrados en resolverlo y, casualmente para mi comodidad, ajenos a mi presencia. Mientas estuvimos los siete en la habitación, ellos mirándose entres sí y yo observándolos, con los ánimos atenuados, tal y como la luz amarillenta y tibia, medité en la fauna que éramos. Todo en el entorno que mataba y todo lo que no daba vida cobraban una movilidad sutil; cigarros echando humo con pausa, serpenteando, con lentitud de acecho, como el de una naturaleza selvática de alimañas peligrosas y un vapor denso e hipnótico, como el de una flora espesa que coarta la visión lejana más allá de las plantas de hojas anchas. El calor, la naturaleza de un espacio de tierra libre abovedado donde suenan siempre los tambores de alguna manifestación tribal, nos rodea sentados en círculo en sillas de madera.

—Para poner en contexto, ¿cómo se vinculan con el entorno musical?

—Tenemos mucha cercanía con un sector de bandas más próximas a lo que hacemos. Nuestras bandas amigas van desde Revolver, que tenemos miembros en común, a Rotten State, por

decirte algo. Obviamente, tenemos más vínculo con las que son del circuito de Rock and Roll, Punk, o como quieras llamarlo, y no tenemos tanto lazo (a nivel banda), con otras más mainstream, por decirlo de alguna manera. No hemos ni siquiera tocado mucho con las bandas más populares.

—¿Por ejemplo?

—No tocamos con No Te Va Gustar ni con El Cuarteto de Nos, ni con Hereford, no por nada político o filosófico, sino simplemente porque no se dio, porque nos movemos en otros ámbitos. Hablan Por La Espalda es una banda que por lo general se ha movió de una forma bastante independiente a todo. No somos una banda que haya toque en festival, salvo una excepción, en el Bicentenario. Nunca fuimos invitados a tocar en el Ancel Fest ni el Pilsen Rock. Entonces, la banda se movió siempre en ámbitos más under, por decirlo de una manera, y ha tocado con bandas más afines a lo que hace. Ni siquiera hemos tocado con Buenos Muchachos, ahora que me pongo a pensar, aunque sí con los Hermanos Dalton en algo que se hizo en el centro, en la FEEUU. Nosotros somos básicamente una banda abierta a tocar donde sea con la banda que sea. No tenemos una política de «contigo sí, contigo no», pero naturalmente siempre se dio así.

—Perdón, me distraje.

—Me decías que no hay nada ideológico o político que determine con quién se codean, pero, ¿hay algún ámbito en la banda, tanto por quiénes elijen que estén en su proximidad,que esté pautado por lo ideológico o lo político?

—Eh...

—Y por ideológico no me refiero a político...

—No, obviamente. Yo creo que esas afinidades que te mencionaban trascienden lo estético. Las bandas con las cuales nosotros nos relacionamos más sentimos que tenemos una cercanía en la forma de ver la vida, la forma de ver la música; y la forma de ver la música me parece que tiene que ver con la vida. Por darte

un ejemplo: Santa Cruz. Si hay una banda con la que siempre nos sentimos hermanos fue con Santa Cruz y eso no tiene sólo que ver con que nos guste Black Sabbath a la gente de ambas bandas, o que nos guste sonar de una manera similar, sino que tiene que ver con una forma de ver las cosas en general. Hablan Por La Espalda es una banda que si bien no tiene una ideología política definida, es decir, que no adhiere, básicamente, a nada más que a sí misma, sí me parece que tiene una filosofía de vida en común que se puede relacionar con la de otras bandas, que tiene que ver un poco con cierto romanticismo con respecto al modo de encarar situaciones, al modo de manejarse. Si me pongo a pensar en una persona con la que me identifico es con Mauro Recchi, baterista de Santa Cruz. Y, no sé, por ejemplo, tengo tatuado en mi pecho «Los Nuevos Románticos», y yo creo que si bien es un tatuaje personal y que no creo que exista un movimiento o algo así que sea *Los Nuevos Románticos*, en mi caso es una manera de definir lo que yo creo que tiene que ver con lo que entiendo como estilo de vida, donde me dejo llevar por lo pasional, por sobre todas las cosas, y hago las cosas por un extremo amor. En el caso de Hablan Por La Espalda la unidad pasa por ese lado.

—En esa forma particular tuya de ver la música, en esa visión de vida además, ¿qué espacio tienen los extremos pasionales, por ejemplo, la agresividad?

—La agresividad es algo que, por ejemplo, está latente en mi persona. Por ponerte un ejemplo específico, algo que me pasó el sábado pasado que fuimos a una fiesta, al otro día de tocar en Buenos Aires, nos invitaron, a los que nos quedamos allá, a un cumpleaños. Estábamos tomando bebidas, básicamente fernet, en medio de una fiesta, pasándola muy bien, y se me fue la moto; y por algo que no tengo la menor idea qué se me pasó por mi cabeza en ese momento, porque ni siquiera recuerdo, se me dio por patear cosas y romper una mesa, botellas, vasos. Me echaron de la fiesta; me peleé con mi hermano, que en ese momento fue el que

me tuvo que sacar de ahí. O sea, te lo pongo a modo de ejemplo. Yo no me considero una persona agresiva, o por lo menos no agresiva en forma permanente, pero la agresividad está y los extremos se pueden escapar en cualquier momento. A veces me pasa. Cuando sucedió esto el sábado, que me sigue afectando hasta hoy, de hecho hoy es la primera vez que veo a algunos de de la banda después de lo que pasó, de lo que en su momento me avergoncé, porque no está bueno que te pasen esas cosas, y no es algo de lo que me saco cartel, pero es inherente, ¿no? Parte de eso se manifiesta sobre el escenario y también a la hora de componer. Han habido toques que han sido un poco más violentos que otros (autoviolencia, violencia con el público, súper pacíficos y al revés, todo fluye para el lado contrario. Me parece que la música también es una vía, y la banda es una vía, donde esos modos extremos, border o lo que sea, por lo menos tiene cómo hacer catarsis, y también se puede dirigir por lo menos para un lado donde termina siendo expresión, de alguna manera. Eso puede llegar a ser un poco terapéutico. En una época para mi la banda estaba directamente asociada, arriba del escenario, con sucesos como dar un botellazo, un golpe a un micrófono, incluso autoflagelarme, bueno, no sólo yo, sino que le pasó a otros miembros. Hoy en día, la verdad es que es algo más esporádico, pero pasa por el momento de la vida de cada uno. Pero ya te digo, el sábado pasó algo así, y todavía estoy buscándole una explicación, y capaz que la única explicación es que la agresividad es parte de uno.

—Entiendo que de lo pasional no sólo la agresividad es parte, sino que la aceptación, no solamente de esa agresividad sino de otras cosas que conforman la pasionalidad. Al mismo tiempo, de la aceptación encuentro un aspecto que tiene que ver mucho con Hablan Por La Espalda, en particular desde que dieron un vuelco hacia una forma de componer, o de expresarse sobre el escenario que en algunas personas generó reticencia, y en otras una aceptación de plano. ¿Cómo juega la aceptación para la ban-

da del entorno que vieron cambiar y con el que indudablemente chocaron de alguna manera?

—Eso me parece que de un momento a otro pasó a ser parte eterna de la banda. Ya el antes y el después y cómo la gente toma ese antes y después ya parte de Hablan Por La Espalda. Me parece que hoy por hoy, así como podemos suponer que hay más gente que escucha y conoce a la banda, también hay un montón de gente que se opone al vuelco, a la evolución de la música. A mi sinceramente me pasó que en un principio de que capaz que leía los primeros comentarios adversos y me movía, me irritaba un poco. Decía, «A ver, loco, si nos entendemos: nosotros seguimos escuchando todo lo que escuchamos toda la vida, desde Black Flag, Fugazi a Napalm Death». Y consideramos que el criterio que se fue formando nos llevó a que el camino de la música fuera por este lado, no fue algo que no pensamos, si bien nos dejamos llevar, obviamente, por la misma pasionalidad de la que hablábamos. Al principio me pasaba eso, de que me dieran ganas ir y explicarle a uno por uno, y ponerme a discutir. Y hoy en día no me afecta, sinceramente. Lo único que me puede pasar por la cabeza cuando alguien comenta algo por el estilo... Por ejemplo, la otra vez leía en Twitter a un loco, un argentino, que decía: «Lo peor que le pudo haber pasado a Hablan Por La Espalda es haberse dado cuenta de que son uruguayos». Hoy por hoy leo un comentario así, no te voy a negar que me llama la atención, pero por otro lado no me afecta. Sinceramente te estás limitando. La banda no hizo un cambio de blanco a negro, y la banda hasta el año pasado o el otro tocaba en vivo un tema de Fugazi. Los gustos son gustos. Y a mi me pasa que cuando no puedo escuchar una banda, no la puedo escuchar; si me rechina, no la escucho, ya está. Lo puedo entender. Si hay alguien que le pase eso con mi banda, pero que antes no le pasaba, allá él y no hay nada que hacer acerca de eso.

III. El pequeño detalle que lo cambió todo

—No recuerdo cuál es el nombre del tipo... Tocaba en Stringbombs —le digo a Fermín—.

—¿Seba?

—No. El otro.

—Martín.

—Ese. Mi hermano y yo conseguimos con él uno de los primeros cassettes de Hablan, en su cueva.

—Je. ¿En el garage?

—Sí. No entiendo cómo alguien... Bueno, al margen de eso, él nos decía que «el pequeño detalle que lo cambió todo» tenía que ver con él, y con cómo él había acercado cierta influencia en un momento en que fue estilo, «Vos tenés que escuchar esto», no sé a cuál de ustedes, «Y tocar con tal guitarra». Él se refería a algo anecdótico, pero que para mi, desde fuera, tiene que ver no con una guitarra ni con solamente escuchar sino con formar una sensibilidad por lo que se escucha, y evidentemente si hubo un nuevo cambio, me nace pensar cuál fue el pequeño detalle que lo cambió todo, nuevamente.

—Lo que pasa es que no hay un sólo pequeño detalle.

—Sé que hubo una sucesión de ellos, pero de repente hay uno que es más abrupto que el resto.

—Sí, es verdad. Mirá, eso que el loco mencionó...

—Que nunca lo tomé por cierto, además.

—Obvio.

—Me gusta más pensar en eso como una fábula.

—En el caso ese, el loco presentó el compilado de los Nuggents, que en su momento nos marcó muchísimo, a mi hermano y a mi. De hecho llegamos a formar una banda con él, que hacíamos covers de los sesentas y setentas, una banda paralela a Hablan Por La Espalda que tuvimos durante dos años.

—¿En qué época?

—2001, 2002

—¿Cómo se llamaba?

—Los Nuggents —me aclara con una apenas sonrisa por la simpleza del nombre—, y tocábamos temas de los Rolling; llegamos a tocar temas de KISS y llegamos a tocar también de los Ramones, pero más que nada eran temas del compilado. Ahora, —y comienza a desacreditar el mito con una risa de exhalaciones cortas— yo no creo que eso haya sido el pequeño detalle que lo cambió todo. Me parece que a mi, sinceramente, me marcó mucho más, por ejemplo, todo lo que fue el punk de Nueva York del '74 en adelante, como que te diga Dead Boys, ni que hablar que The Ramones, pero sobre todo como que interiorizarme con... —mira al suelo buscando una mejor manera de explicarse, que encuentra súbitamente; me vuelve a mirar, y antes de seguir, cambia el rumbo de lo que venía diciendo— ¿Viste el libro Please Kill Me? Bueno, para mi ahí hay un punto de inflexión, de que nosotros estábamos súper metidos con el post-hardcore en esa época y como que a partir de un redescubrimiento, New York Dolls —menciona, como retomando por un segundo la lista de bandas de los '70s—, empieza otro camino, otra búsqueda. Mi hermano siempre cita como una referencia importante, para él personalmente para lo que fue el Macumba, el libro «*De Las Cuevas Al Solís*», que fue el que tuvo mucha fuerza para abrir a la banda a la música local; —hace una pausa; me aclara con énfasis para no dejar nada atrás— a cierta música local, porque yo me crié yendo a ver a Cross. Una de las primeras bandas en vivo que vi fue Chicos Eléctricos. Por una época íbamos a ver bandas de hip-hop, como Fun You Stupid; Víctimas Del Sistema; Asfixia, una de las primeras bandas hardcore uruguayas, a la que llegué a ir a ensayos y vi en vivo varias veces. Nos criamos, y por eso tenemos una banda, escuchando música uruguaya. Los primeros toques eran toques de metal con bandas de acá: Eclampsy, Inner Sanctum; vi a Chopper en su momento; ochenta mil bandas. Lo que sí, ese libro, *«De*

las Cuevas al Solís», nos avivó de cierta música anterior que no conocíamos, o que conocíamos sólo de nombre, pero que capaz nunca nos habíamos dado cuenta que nos podía afectar fuertemente. Y ahí apareció Días de Blues, Mateo y Trasante, Psiglo, Opus Alfa, todas las bandas *viejas* de acá que marcaron mucho el Macumba. Igual, «el detalle» me gustaría pensarlo unos días más, porque capaz que puedo dar con un suceso en la vida que haya marcado mismo, así, la evolución del grupo.

—Sólo por tenerlo un poco más claro, ¿el pequeño detalle se refiere a algo anecdótico o a algo más cercano a lo metafórico?

—Para mi el detalle que lo cambió todo era el disco en sí, porque de alguna manera ese disco oficializó la banda, para nosotros mismos, aunque para el entorno también. Hasta ese momento habíamos sacado unos cassettes, más cercanos a un demo que a otra cosa. *El pequeño detalle* fue ese disco, fue grabar, meternos en un estudio.

—¿En dónde lo grabaron?

—Ese disco lo grabamos en LP, con este loco que hoy se hace llamar Socio.

—No lo conozco.

—Tuvo una banda llamada Loop Lascano, y hoy día hace música con No Te Va Gusta. El loco estaba empezando a producir música, y nos grabó él. Yo siempre lo tomé como que ese fue el pequeño detalle, porque era la presentación del disco en sí, y ese disco tenía un valor importante para la banda. De hecho, probablemente sin ese disco, la banda no hubiera tomado esta forma permanente de mantenerse con los años, esa cosa de Hablan Por La Espalda que ya consideramos casi inmortal.

—Mi duda era puntualmente sobre lo musical porque de otras formas sí veía una influencia, o por decirlo de otra manera, algo compartido y que quedó en su entorno, no solamente el de ustedes, el más cercano sino el que está más retirado que tiene que ver con otros ámbitos, y que se refleja en que difundieron o dejaron en claro un cierto eclectisismo. Sin embargo, para mi, a pesar de que esa es la imagen que proyectan, de eclectisismo, de incorporación de diferentes influencias, y de permanencia sobre lo que han hecho con el tiempo, a pesar de eso, yo veo a Hablan Por La Espalda como una banda que no es ecléctica, sino tan cerrada como cualquier banda que se adentra a otras búsquedas. Cuando en esa búsqueda tenés que encontrar una manera, para mi, por ejemplo, es encerrarte en una habitación, colmar esa influencia, llevarla al clímax, agotarla. ¿Qué es lo que dejaron fuera de esa habitación para, digamos, sacarle jugo a esas influencias que recibieron en los últimos tiempos?

—¿Querés contestar vos, Tuca, ahora que llegaste?— pregunta Fermín.

—Sí, claro.

—Sería bueno, me parece.

—¿Qué dejamos? No sé...

—Dejamos un montón de cosas afuera, ¿no?— dice, casi imperceptiblemente, Valentín, el Vegeta, antes de que Martín, el Tuca, siguiera contestando.

—Es que no es algo que pensás dejar afuera sino que se va dando. Por ejemplo, a la hora de llevar un riff o algo así, al revés, no descarto mucho, o lo que descarto es porque no me colgué lo suficiente, pero no lo dejo afuera porque diga que es tal cosa, sino que queda afuera porque no ha llegado a colmar algo en mi. Como cuando aparece una idea o algo así de una canción en mi habitación o en mi casa; uno puede estar tocando horas la viola, yo

toco cualquier cosa, y no toco pensando en que voy a hacer este tipo de ritmo o aquél otro. Todos mamamos de algún lado, desde juntarte a tocar con alguien o de mismo ver gente en Internet tocar cualquier cosa, pero no es algo que sea «esto no, esto sí». Nunca es así, en parte. También es una cosa personal, y de gusto. Yo me cuelgo a tocar cosas diferentes de las que se cuelga a tocar el Vegeta, y a la vez todos en la banda tocan lo suyo, y no se deja nada afuera. Si se deja afuera es porque no llegó a nada, a producir algo, a ser una canción de Hablan. No decimos «esto va afuera porque es tal cosa», es más una cosa de qué produce en nosotros, y de que logre esa cosa de que un tema te excite, por decirlo de alguna forma, que te inspire y genere esa cosa en los siete. Pasan los años y vas agarrando cada vez más cosas. Y más hoy día. Antes escuchabas un cd por mes y le dabas de bomba, no te bajabas cinco o diez discos por mes. Y hoy día uno está más expuesto a recibir información, y eso influye en el eclectisismo y en que como que no te casás con nada. Las cosas flotan y te entran por un lado, algunas se quedan un poco más, otras se van, y uno en sí va creciendo como persona y a la vez con la banda. Él es un psicólogo; hace años era sólo un estudiaste con pretensiones de ser lo que hoy día es. Y así es cada uno con cada cosa que hacemos, y asimismo con la música. Hoy día, ya con quince años tocando, cuando hacemos una canción tiene que ser más de lo que ya hicimos. No hay una fórmula, me parece, o la fórmula no es hacer algo para que sea una canción de Hablan Por La Espalda porque tiene que sonar así o asá, sino que sea algo que cuando toquemos tiene que producir lo que para mi es la sensación de Hablan Por La Espalda. En algún momento dijimos «Los dueños de la sensación», que es básicamente eso, lo que produce Hablan en nosotros, y cuando eso lo logramos producir en alguien más, y se genera ese ambiente, y sale más allá de nosotros, de nuestro cuerpo y de todos lados, se genera una atmósfera, eso música y eso es Hablan Por La Espalda. Es el estado de elevar el cuerpo y la

mente a través de la música y la descarga y la sensación, es llevar al límite lo que uno siente y puede exteriorizar y que eso a su vez alguien lo perciba y exteriorice a vos, y así se forma la comunión. Por eso para nosotros cuando tocás cada toque, yo por lo menos considero que cada uno de la banda tiene que sentirlo como un último toque, y el día que no siente más eso no puede tocar más en la banda. Si vos estás tocando porque sí o por tocar, eso no es Hablan Por La Espalda.

Fermín examina mirando al suelo cada cosa que dicen sus compañeros, con dedicación de buen escucha, compartiendo. Al cabo de las palabras de su hermano, confiesa su parte de la visión.

—Para mí también hay una cosa y es que ese proceso que él describía nos llevó mucho tiempo. No es de un día para el otro que la banda tuvo esta apertura a toda esa serie de influencias. En un momento, me parece que la banda estaba, por diferentes fases, más apegada a estilos o a un tipo de sonido más lineal. Si bien nunca fuimos una banda lineal en el sonido, en una época estábamos apegados a un estilo de música. Ahora, en realidad, la banda es más abierta a que cualquier canción pueda ser una canción de Hablan Por La Espalda, y esa apertura creo que fue explícita a partir del Macumba. A partir del Macumba me parece que hay dentro de la banda (plasmada en el Macumba pero venía de antes) una suerte de revolución interna, de poder despegarse a nuevos ritmos y sobre todo a decir las cosas como se nos antoja. Hay una seguridad propia de la banda, «*que esto puede ser Hablan y esto también*»

—El tema —agrega el Vegeta— es que entre que llega una idea y sale, pasa muchísima cosa.

Había casi olvidado aquella opinión distinta que él Valentín compartió casi al principio, respondiendo a la primera pregunta, pero la recordé en el momento en que volvió a hablar. Le quiero preguntar enseguida sobre aquéllo, pero dejo que Martín termine de completar:

—Se termina de armar con la letra, también.

Entonces le pregunto a Valentín, volteando mi rostro hacia él que se hallaba sentado a mi izquierda, un poco alejado de la ronda.

—Vos, sin embargo, tenías otra certeza acerca de que sí se dejaban cosas afuera.

—Es que sí se dejan cosas afuera —me contesta—.

—¿Por ejemplo?

—La idea de que tenemos que hacer algo que sea vendible. Por momentos jodemos, pero a la hora de salir sabemos que va a ser difícil, y eso sí lo dejamos afuera. Cada uno, en parte, tiene una profesión, porque no consideramos que Hablan Por La Espalda va a ser una garantía de vida.

—Un trabajo —dice el Tuca—.

—Un trabajo. Llegamos al punto de que después de diecisiete años no es lo que prima en Hablan Por La Espalda. Lo importante es otra cosa: el momento en el cual vos podés escuchar lo que hiciste y estar realmente orgulloso. —Se incorpora un poco, acomodando el cuerpo más al borde de la silla para poner con entusiasmo un ejemplo:— Hace poco llegaron los discos de Brasil y no sé si vamos a vender o cuántos vamos a vender, pero el hecho de tener ese material en casa y haberlo producido, desde las músicas, las letras hasta la tapa. La tapa fue pensada para sacar en vinilo. El Tuca, que fue el que pensó la tapa dijo: «Así la quería». Estaba esperando a que llegara el vinilo. No se trataba de que saliera a las disquerías o fuera un éxito.

—Es más una cosa de que trabajo para poder tener a Hablan —dice Martín, ya sintiendo la idea concretándose—. No concibo el día que tenga que dejar de tener a Hablan. Básicamente en sí, lo que yo creo que tienen las canciones es esa cosa pura y honesta, transparente; las canciones son lo que son: son para hacer una cosa, que es lo que te decía él —refiriéndose a Fermín—. Por más que hoy haya más gente que escuche a Hablan Por La Espalda

porque se acercó a un lado más de Rock and Roll que Hardcore. Para mi lo que prima es algo con honestidad, no hacer algo porque está dentro de un género, sonar así porque si no no es tal cosa. Nosotros, al revés, sentimos que suene a lo que suene va a ser Hablan Por La Espalda. Me pueden decir: «¡Ah! Ahora hacés candombe», ó, «¡Ah! Ahora hacés garage psicodélico y hacías hardcore», pero yo sigo *siendo* hardcore. Me despierto y escucho Negative Approach, y voy y pienso mi vida como la viví y pensé hace quince años; creo en las mismas cosas; más allá de comer o no comer lo mismo, es una cuestión de actitudes y de hacer lo que uno aprendió en la vida. Lo que nosotros aprendimos en el hardcore nos formó como personas, y para mi siempre fue una cuestión de actitud. Hablan Por La Espalda es actitud. ¿Qué pueden decirme, si lo que hacemos es con el corazón y es lo que nos sale?

—No hay nada de afuera que pueda frenar lo que hacemos —dice Valentín, como afirmando una consigna que el resto aprueba en silencio con la mirada—. Pueden no financiarnos, pueden no pasarnos en ningún lado, esas cosas ya las pasamos.

—Que no nos dejaran tocar en lugares —añade Fermín, mirando hacia otro lado, como siguiendo la conversación en su propio plano.

—Que nos cerraran las puertas, que hablaran mal de nosotros —sigue Martín—. A nosotros no nos importa. Tenemos algo aparte que se sostiene solo, y eso creo que es lo más importante.

Les pregunto: —En ese contraste de cómo los ven que los perciben desde afuera, y lo que ustedes entienden que siguen haciendo es para mi donde se traza la esencia de la banda. Por ejemplo, en el contexto de las letras, o más que nada, en la forma de cómo se dicen las cosas, está por ejemplo, yo notaba una similitud o como esa línea, esa persistencia de lo que es la banda, en cuando cantaban, «Y yo canto mal por eso fuerzo la voz», y esa transformación de la esencia de lo que comunica en «No tengo

talento, sólo tengo afición». Yo leo en ese cambio en cómo se dicen las cosas, pero la persistencia de lo que dicen las letras, como un aspecto intelectual de la banda al momento de componer las letras que se dispuso hacia otro lugar de la banda. Por ejemplo, hay letras que hasta el día de hoy las sigo encontrando muy oscuras, de la etapa más temprana, sin embargo las actuales son bastante más claras, bastante más directas, es otra la sensibilidad, es otra la poesía. ¿Hacia adónde es que se volcó es intelectualidad? Desde mi forma de ver, hacia la música, a lo instrumental, a cómo se captura y entiende de lo que son herederos, de lo que pueden comunicar, a partir de lo que fueron recogiendo, por ejemplo, de lo que él me comentaba se nutrieron *De Las Cuevas Al Solís*. Pero esa es mi visión. Desde su visión, ¿cuál sería ese lugar adónde se depositó es carácter de la banda?

—Para mí, hasta no es solamente instrumental, sino hasta percusivo —me responde casi sin pausa Valentín—. Yo creo que nosotros empezamos a probar con ritmos por lo que por momentos recibimos muchas críticas, pero como en todo viaje se trata de exploración, y a nosotros nos hacía falta eso, algo mucho más rítmico, algo mucho más tribal.

—Capaz que en el aspecto conceptual de las letras, pudieron ser más oscura de lo que son, también es que en la vida uno cuando es más... no tan joven —dice Martín—, se enfrenta a cosas que te acercan a una oscuridad. Luego, la vida te acerca a otra claridad.

Y de ahí en más, podría sentir el resto una miscelánea de datos que, tal vez, en otro momento sienta oportuno detallar. Pero necesito pausarme, porque ahí, en esa lección aprendida encuentro todo mi argumento para adentrarme en Hablan Por La Espalda. Más allá de su música, de la cual quiero escapar de criticar o evaluar con vértices antropológicos, pretenciosos, innecesarios, vacuos.

Hablan Por La Espalda, a fin de mis cuentas, no se trata de

otra cosa que de un tránsito por un pasillo a oscuras, tanteando las paredes para reconocer límites en ese sendero; extendiendo a un lado y a otro las manos, con las palmas abiertas, tan receptivas como hemos andado todos los que nos aventuramos a conocer y sufrir, volviendo al samsara, para tocar las paredes. Caminar y andar con desasosiego, buscando los extremos en los hechos y las justificaciones en nuestras acciones, se vuelve un símil de ese andar a oscuras por el pasillo, en el que, luego de adivinar hasta donde podemos chocar, a diestra y siniestra, damos con el camino medio.

V. La última entrevista

Apenas le pregunté por las primeras memorias que podía traer, Martín en seguida contestó:

—Lo primeros que hicimos fue ir a toques. Venían todas las bandas de Argentina: No Demuestra Interés, Diferentes Actitudes Juveniles, Minoría Activa, Ratos de Porao... E íbamos a esos toques. Hacía un par de años que tocaba la guitarra y se nos dio por empezar a hacer una banda, y en verdad lo hicimos porque un amigo que vivía acá en el '95 se iba a vivir a Buenos Aires y dijimos «Vamos a grabar unos temas». Él, que nunca había tocado el bajo, tocó el bajo, yo la guitarra, cantó éste —refiriéndose a Fermín—, un amigo tocó la batería, que el loco era el más músico de todos porque era metalero, y viste que los metaleros son siempre maquinita. Ahí grabamos un demo de cuatro canciones.

—¿Cómo se llamó? —le pregunto—

—Hablan Por La Espalda. Eran cuatro canciones que grabamos en cassette, con fotocopia de la tapa. Eso fue lo primero que hicimos en el '95. Y la idea ahí era eso y ta... —concluye, situándose en la sensación de aquél entonces cuando suponían que hasta ahí llegaría la banda—

—No —corrige Fermín—. En verdad lo movimos el cassette, muchos a Argentina.

—¿En dónde lo grabaron? —pregunto—

—Lo grabamos en...

—¿En dónde hicieron las copias quiero decir? —me corrijo—

—No. Las copias las hicimos en casa —aclara Martín, como señalando que no pudo haber sido de otro modo—.

—En un doble cassettero —dice Fermín—. Y la grabación la hicimos en... Fah.

—Estudio Sur, por el Prado, en un lugar que andá a saber en qué anda ahora.

Entonces duda Fermín: —Ni idea cómo llegamos ahí, si por el Hormiga o capaz...

—Por Fun You Stupid.

—¿Qué era Fun You Stupid? —les pido que me expliquen—

Me ilustra Fermín: —Una banda de Hip Hop, digamos, "straight edge"...

—... Y vegetarianos —agrega su hermano—.

—Volvieron a tocar los otros días. Se reunieron para tocar en la Sala Zitarrosa, para los premios de Hip Hop. Eran amigos nuestros de los toques

—Nosotros éramos los straight edge de acá, ponele, entonces...

—Bueno, en verdad ahí yo todavía no.

—Vos todavía no —recuerda Martín. Luego me sigue contando:— Entonces, te dabas con cierta gente. Después, el loco se fue a Argentina y quedó en la nada Hablan Por la Espalda, quedó sólo ese cassette. Pero después que, ¿qué habrá sido, febrero o marzo? Hicimos una feria de fanzines y otras cosas en la Villa-Biarritz, en el '96, con los anarcopunks. Ahí conocimos al Vegeta. Dio la casualidad que yo me había pintado a mano una remera de los Gorilla Biscuits, muy fea —recuerda riéndose con una mueca de que realmente era fea—, y el Vegeta, que venía de vivir en San Pablo, cae con una remera de los Gorilla Biscuits propia, bien estampada; el guacho era: esa remera, straight edge y andaba en skate. Como pegamos onda de una empezamos a andar en skate e ir a los toques juntos, y en un momento dijo que tocaba la guitarra; nosotros le dijimos: «Tenemos el demo»; se lo dimos, se aprendió los temas y empezó a tocar el bajo. Ahí siguió, y en el '96 empezamos a tocar. El primer toque nuestro fue el 24 de junio en Santa Lucía. Organizamos un festival de Hardcore al que vinieron a tocar bandas de Argentina como Autocontrol, Indiferencia, Minoría Activa y Pensar O Morir; después, bandas de acá: Tiempos Duros, Depresión Adolescente y Dislexia Total. Al principio, los

primeros años, ni tocábamos en Montevideo, no había lugar para tocar para nosotros.

—¿En dónde tocaban? ¿En Canelones?

—Sí. En Santa Lucía.

—En Santa Lucía se dio que se había armado una pequeña escena hardcore —dice Fermín—.

—Y los lugares eran más accesibles, y tenían equipos.

Esbocé una pregunta: —Y ustedes, en cuanto a equipos...

Que en seguida responde Martín: —En ese momento no teníamos nada. Las guitarras nada más.

Y Fermín recuerda con un poco de risa: —Demoraron en llegarle los equipos a Hablan —al tiempo, vuelve a la seriedad para seguir—. Al poco tiempo nos fuimos a Buenos Aires, a un festival por la Liberación Animal, de Hardcore Sudamericano.

—La otra vez encontré las fotos —le dice su hermano—.

Pero él sigue contando sin hacer caso: —Que ahí fueron con nosotros como diez amigos o más.

—Fueron bandas de Chile —se suma a comentar el Tuca—. Estaban Silencio Absoluto y Redención 911, ¿no?

—Sí.

—O la otra banda anterior. No me acuerdo. Habían otras de Brasil, ¿no?

—Estaba Whisper.

—Que debutaba como la primera banda emo de Argentina. Emo en el sentido de ese hardcore raro, gritado...

—Dentro del hardcore era una rareza, porque tenía muchas partes limpias

—Ahí en ese año... —Martín deja inconcluso lo que estaba por comentar para cambiar el enfoque— Bueno, viste que hace poco subimos unas canciones a Internet; esas canciones, Cicatrices y Denuncia, las grabamos para el compilado Hardcore Sin Fronteras. Eso fue en el '97, y en ese mismo año sacamos el split con Depresión Adolescente.

—En cassette también, que lo editó el sello argentino Sniffing Recordings Industries, que al poco tiempo sacó nuestro primer vinilo 7''.

—En el '98 —aclara el Tuca—.

—«*Música Para Los Sanos Y Los No Tan Sanos*».

—Que fue la primera vez que nos fuimos a tocar a Chile.

—Ahí la banda ya estaba tocando una cosa distinta que era más influenciada por el Emo. Nosotros, en realidad, creo que un poco a raíz de haber conocido a unos guachos que vinieron de Suiza y se quedaron en casa, un argentino y dos locos de Suiza, que tenían una banda allá...

—¿Qué banda era? —interrumpo—

Martín: —Blue Water Boys

—La movida fue que agarramos como un viaje de esto que estábamos hablando. Leíamos mucho un fanzine llamado «*Heart Attack*», que era de Estados Unidos, y que se conseguía por gente de Argentina o a veces lo pedíamos por correo. Las influencias empezaron a mutar en la banda.

Con cierto entusiasmo, ya casi que conversando a solas con su hermano, el Tuca ilustra un aspecto interesante de la etapa germinal: —Y habían bandas como Still Life, Anasarca, Constantine Sankhathi, todas bandas con nombres raros que sacaban un 7'' con tres temas que te volaban la cabeza y después nunca más oías hablar de ellas. Ahí mismo en esa época, armé mi sello y me entré a cartear con sellos de allá y a traer música, vender con una distribuidora que tenía, Esoteric, que era el nombre de una canción de esa banda Constantine Sankhathi. En ese momento había crecido también mucho la movida acá, esa cuestión de hacer toques y traer bandas de Argentina; mucho intercambio. Vino a tocar Whisper. Vino a tocar Eterna Inocencia. Por otro lado, acá empezó a surgir Pirexia, que se movía bastante en el Under y el Do It Yourself, y traía bastante a...

—Fun People.

—What's Up With Your Mind

Suena un celular. Fermín se disculpa y se aleja unos metros para atender. Martín sigue hablando conmigo tratando de tapar el volumen de la conversación que mantiene su hermano.

—Ahí ponele que estamos en el '98 o '99, que salió el 7''.

—No, en mi casa no —dice Fermín por celular—. Mi hermano tiene. —Nos mira y dice:— Vinilo...

—Mañana.

—¿Cómo decís, perdoname? Dale, dale. Vamo' arriba. Abrazo. —Corta y se acerca a su silla otra vez— Un loco que acabo de encontrar en la calle que quería comprar un Macumba de regalo de Navidad. Sebita.

—¡Sebita! —dice el Tuca con grata sorpresa—

—No, ese no.

—¿Bellota? —pregunto—

—No, el Bellota tampoco. Un loco que lo tenía de vista. Me saludó, me vio cara conocida y me preguntó por el toque.

Y como si nada hubiese interrumpido, Martín prosigue con su relato. —Ahí seguimos en el 98-99 yendo bastante a Argentina. Después pintó la primera ida a Chile. Después empezaron a venir bandas también de Brasil. Ya había todo un circuito.

Enseguida, se me ocurre un detalle que por poco omitía. —Quería hacer un alto para saber en qué momento más cercano al 2000 o 2001 se empieza a germinar el estilo de la grabación del Hablan.

—Y el Le Pettit —agrega Fermín—.

—Y el Le Pettite —digo—. Para mi ese estilo tiene una característitca llamativa, que es, por ejemplo, —ahora me dirijo a Fermín— que en tu caso aparecías como Paracetamol.

Me responde: —Lo de Paracetamol lo empecé a usar en el 2003 en la gira por Europa. Estaba tomando mucho Paracetamol. Me acuerdo que jodiendo empecé a decir que me llamaran así, y que graffitié en un lugar donde tocamos.

—En esa gira fue que pasó algo en un lugar gestionado por feministas, ¿no? Que te pusiste en bolas.

—Sí, eso fue en Colonia, Alemania —me confirma— En esa gira pasó de todo. También en la primera gira por Brasil, en el 2001, sucedió de todo, y pasó que hubieron muchos shows suspendidos por lo mismo: por la puesta en escena de la banda, salvaje, a veces por nudismo, a veces por cerveza o agua volcada en el escenario; gente que se subía al escenario.

—Me decías también que autoflagelaciones.

—Sí, pasó varias veces. El Vegeta, en una época...

—En el primer show en la gira por Alemania... —agrega Martín—

Y continúa Fermín: —Se cortó el pecho con un vidrio. Creo que lo había hecho antes en Temperley.

—Subió de nivel a Jedi, más o menos.

Se ríe Martín antes de resumir: —Fueron años salvajes. Había una cuestión de vivir cada momento como el último, intensamente. No era tocar por tocar; tampoco lo es ahora. Es tocar y dejar la vida. Cada uno a su manera lo purgaba. No sé. Pasó cualquier locura.

Ya no hay un Vegeta flagelándose el pecho, ni un Fermín arrojando botellas o desnudándose a punto de tanto regocijo. Los años salvajes terminaron sobre el escenario. Pero, cabe aclarar, que sólo sobre ese espacio en donde se cargan al mango las fantasías, porque fuera de él, las cuestiones turbias y las decisiones por atacarlas siguen rondando en nuestra azotea, en nuestra máquina de ideas y malestares. En donde no se halla manifestación de vida salvaje, se halla la calma de una tormenta que no deja de ser tormenta.



Esto es lo que resulta cuando ya no tenés oídos con qué escuchar después de que los parlantes se derritieran y los audífonos se incrustaran en los tímpanos; cuando el insomnio es la hora de meditar los bardos y soluciones que hay en los sonidos duros y que dejan marcas. Hardcore, Thrash, Garage, Heavy Metal, la familia Punk, Killer Rock... son todos para nosotros objetos de atención e indagación. Este zine refleja una forma de investigar sobre aquello para lo que la gente ya no tiene miradas y eso que otros han puesto a la luz. Nuestra forma de apreciar el entorno; nuestra manera de no esperar a que alguien hable para aprender cómo sobrevivir.